

Homilía que Don Clemente Serna González, Abad del Monasterio de Santo Domingo de Silos, dirigió a los cerreños, cuando vino hasta El Cerro de Andévalo, a traer una reliquia de San Benito, en 1990.

(Era el día 3 de mayo, jueves de Lucimiento).

Podéis sentaros...

Hasta ese rincón perdido entre los montes de Castilla la Vieja, donde se encuentra Santo Domingo de Silos, el monasterio benedictino que tiene como Padre y Patrono a San Benito ha llegado vuestra fe "sambenitera". Y por eso, porque somos, sabemos nuestra comunidad, de esa fe vuestra, en nuestro padre común, nuestro patrono, gustosos hemos hecho esta donación de una reliquia de San Benito para vosotros, para el pueblo de El Cerro, para la Hermandad de San Benito, para la parroquia, para esta parroquia. Lo hemos hecho con mucho gusto. Sabéis que no es frecuente en la actualidad dar reliquias porque, sobre todo de santos antiguos, porque no abundan.

Esta reliquia que hoy tenéis entre vosotros, a partir de hoy estará entre vosotros, fue entregada al Monasterio de Silos probablemente a mediados del siglo X, concretamente el año 945 por el primer conde independiente de Castilla, Fernán González. Desde entonces ha sido venerada, ha sido querida, ha sido amada, como una reliquia, como una presencia física, como nos decía hace un momento Juan, de ese Santo grande, ese santo maravilloso, ese santo milagrero pero de verdad, no de mentira, que es San Benito. Nosotros, repito, nos sentimos felices y contentos, toda la comunidad de Silos, porque a partir de ahora estamos unidos a vosotros por el afecto al Santo Patrón y yo espero también, lo cual es muy importante, por el deseo grande de imitarle, imitarle no marchando a vivir a los desiertos, solo quien tiene vocación para ello debe hacerlo, pero sí imitándole en ese algo tan importante como ser cristiano y cristiano de verdad.

A veces pensamos que solo los sacerdotes, las monjas y los monjes estamos obligados a ser santos, y eso no es verdad. A ser santos estamos obligados todos los que hemos sido bautizados, pero no es una obligación que debe pesarnos, es algo mucho más sencillo, es algo mucho más hermoso, es algo, para poneros un ejemplo claro, como lo que sucede a una madre con su hijo: ¿Acaso a una madre le cuesta amar al hijo? ¿Acaso a un hijo le cuesta amar al padre? Así tiene que ser nuestra fe sambenitera, amar de verdad a Dios y hacer lo que nuestro padre, pero sin que nos cueste excesivamente, porque cuando hay amor las cosas no cuestan, y si cuestan no importa, porque se hacen con amor. Que esta presencia física de San Benito aquí, en El Cerro, os ayude de verdad para entusiasmaros con vuestra fe cristiana. Al imitar a ese Santo Patrón, sois dichosos, sois bienaventurados de tener una patrón grande. No en vano ha sido declarado Patrono de Europa. Tendremos ocasión en estos días de hablar sobre este tema porque a mí me gustaría hablar con vosotros. He venido a estar con vosotros, he venido a comunicar con vosotros si queréis mi experiencia cristiana, mi experiencia monástica, pero también a conoceros a vosotros, a que vosotros me contéis, pues, efectivamente, qué sentís por nuestro Patrón común, qué experiencias tenéis de vida espiritual, que entusiasmos y también, por qué no, que problemas. ¿Quién no tiene problemas en esta vida y sobre todo, en esta sociedad en que vivimos que no favorece para nada la vida cristiana? Pero cuando hay un amor grande, cuando hay un patrono que nos sostiene, que nos apoya, seremos capaces de caminar y caminar como él dijo: "Subiendo a la montaña de Montecasino, símbolo, signo, de esa otra subida de la vida espiritual" que trae, queridos hermanos, no lo olvidemos, trae paz en el corazón, trae lo que es más grande en este mundo: alegría.

Todos vosotros, seguro que queréis ser felices. Lo tenéis al alcance de la mano. Querer de verdad. Esa fe sambenitera que se haga realidad en vuestras vidas y la alegría no desaparecerá ni de vuestros labios ni de vuestro corazón.